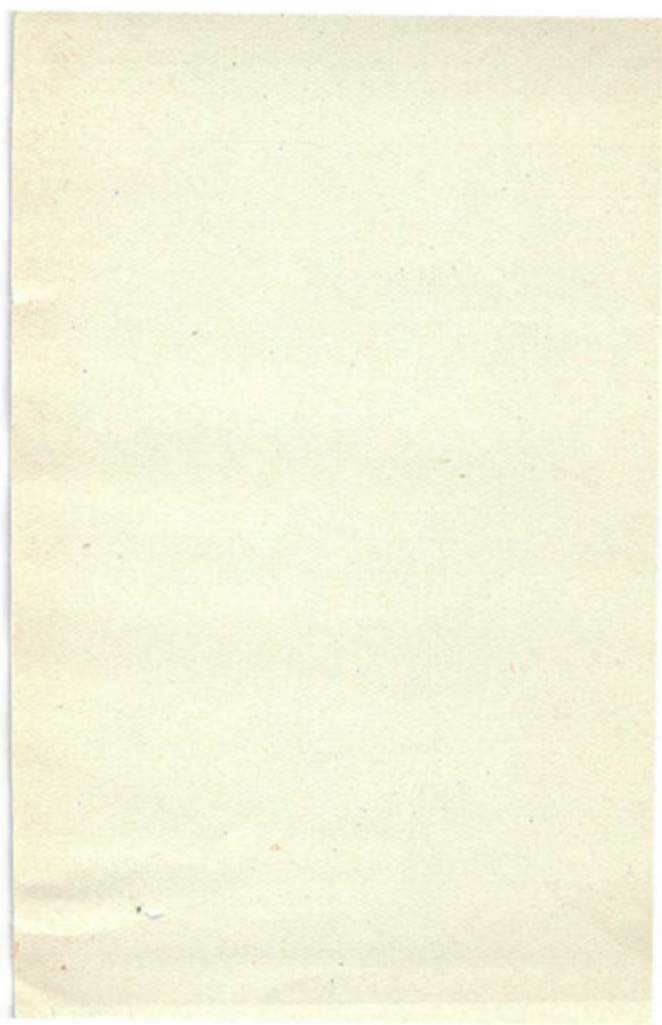




P. Zorita

SANTA CLARA DE ASÍS







Santa Clara de Asis



P. SILVERIO DE ZORITA  
CAPUCHINO

# Santa Clara de Asis

EDICION CENTENARIO  
1253 - 1953



CENTRO DE PROPAGANDA  
CERVANTES, 40  
MADRID



---

Conforme. El Censor:  
*Fr. Leoncio de la Puebla*

Puede imprimirse  
*Fr. Cornelio de S. Felices Min. Prov.*  
Madrid, 18 de abril de 1953

Nihil obstat  
*Dr. A. de Lucas*

Imprimatur  
*Dr. José M.<sup>a</sup> Lahiguera Obispo Aux.*  
Madrid, 2 de mayo de 1953

---



## I

EN EL CASTILLO  
MEDIEVAL

FUÉ en Asís, la bella ciudad de Umbría.

Los jóvenes alegres entretenían con sus canciones a los tranquilos habitantes, y las justas y los torneos eran las diversiones de aquellos siglos de lances de honor y de andantes caballeros.

Sobre una de las vertientes del monte Subasio se elevaba el castillo de Sasso-Rosso. Almenas desgastadas por el paso de los años; puertas de bronce ennegrecidas por el agua y el viento de muchos inviernos; torres erguidas como centinelas de piedra inmóviles ante los días felices y los cargados de desgracias... En los grandes salones del castillo, armaduras, telas preciosas, perga-

minos historiados, recuerdos añejos de épocas pretéritas. Pero, sobre todo, en el castillo de Sasso-Rosso se habían unido las dos familias más ilustres de Asís: los Fiume y los Sciffi.

Al castillo de Sasso-Rosso llegó la fama confusa de un extraño juglar de Dios, llamado Francisco. Clara, la hija del milagro, sintió deseos de conocerle y la ocasión no se hizo esperar.

Fué en la Cuaresma del año 1212 y en la iglesia de San Jorge. Acompañada de su hermana más pequeña, Clara se acercó al extraño predicador y le pidió se encargase de la dirección de su espíritu. Este miró a la joven con bondad y la prometió lo que pedía y desde este momento Francisco y Clara se compenetraron de tal manera, que en la Historia de la Iglesia no se podrán separar sus nombres.



¿Por qué a ella le daría una palma tan hermosa...?

(Pág. 9)



## II

### FUGA MISTERIOSA

LUNES Santo del año 1212. Clara tiene aún viva en su imaginación la ceremonia del día anterior. El Obispo de Asís ha tenido con ella una atención que nunca podrá olvidar. ¿Por qué a ella le daría una palma tan hermosa? Aquella dulce sonrisa del Obispo, aquel paternal signo de benevolencia no era seguramente por haberla visto recogida y absorta, las manos cruzadas, los ojos brillantes de emoción, los cabellos de oro ligeramente cubriendo el rostro perfecto de la joven Sciffi; seguramente que el Obispo estaba enterado de los pensamientos que bullían en el corazón de Clara. ¿Sabría algo de lo que iba a suceder? Supiéralo o no el señor Obispo, lo cier-

to era que, dentro de breves momentos, llegaría Francisco acompañado de sus frailes a la pequeña iglesia de Santa María de los Angeles.

Era aún de noche... La aurora tardaba en nacer aquel día, como queriendo dar tiempo a la escena que, forzosamente, tenía que realizarse en la oscuridad. Clara salió del castillo de sus padres acompañada de sus doncellas más íntimas.

—¿Sabéis dónde vamos?

—¿Cómo vamos a saberlo, señora?—dijo una de las doncellas—. Ni suponerlo podemos, pero estamos seguras que con vos no iremos a lugar que no sea bueno.

Clara se detuvo un momento, miró a todas sus fieles servidoras, y, bajando la voz lo más que pudo, las dijo confidencialmente:

—He decidido consagrarme a Dios y servirle encerrada en un convento. Aceleremos el paso, pues tengo verdaderos deseos de llegar a Santa María de los Angeles.

Por el sendero se oía el breve caminar de aquellas jóvenes capitaneadas por Clara, una de las bellezas de Asís. La noche era magnífica y suave. La clara luna de marzo



Clara, salió del castillo de sus padres. . .

(Pág. 10)





estaba en todo su esplendor. Todos los objetos brillaban extrañamente como si estuviesen rodeados de una luz sobrenatural. Clara iba vestida de sus mejores galas, las galas que su tío Monaldo había mandado hacer para que su sobrina se uniese en matrimonio con uno de los jóvenes más distinguidos de Asís. En el silencio de la noche se oyó un rumor lejano de rezos y cantos litúrgicos. ¡Francisco y sus compañeros no se habían dormido! Siguieron caminando ambos grupos y no tardaron en encontrarse. Francisco presidía una procesión, en la que no se habían olvidado las antorchas, a pesar de la claridad de la luna. Las voces graves de los frailes y las argentinas de Clara y sus doncellas se unieron en mutua alabanza al Altísimo, y de este modo, rezando y cantando loores al Señor, llegaron a la pequeña iglesia de Santa María de los Angeles, lugar elegido por Francisco para realizar la solemne ceremonia.

Entre dos filas de frailes pasó Clara, con los ojos suavemente inclinados. Tenía Clara dieciocho años, como dieciocho rosas; la cabellera rubia como el oro, y los ojos, azu-

les como el mar. En el altar mayor, pobremente adornado, estaba la imagen de la Santísima Virgen, rodeada de ángeles. Sobre las gradas del altar, no tardó en aparecer Francisco, revestido, el rostro trasfigurado. A una señal de Francisco todos se postraron de rodillas. Clara lo hizo también y dió comienzo el solemne acto.

—¿Qué quieres del Señor?—preguntó Francisco.

—Quiero ser su esposa—respondió Clara con entereza.

—Si quieres ser esposa del Crucificado tienes que ser, como El, pobre...

—Todo lo dejaré por poseer a quien tanto me ama.

—Pues para que los hechos correspondan a tus palabras, despójate de tus alhajas.

Clara se desprendió de todas las que llevaba y se las entregó a una de sus doncellas.

—La esposa de Cristo debe renunciar también a su cabellera, uno de los principales adornos de toda mujer.

—Todo lo doy por obtener el amor de mi dulce Esposo Jesucristo.

Al pronunciar Clara estas palabras, Francisco tomó en sus manos unas tijeras y comenzó a cortar los hermosos cabellos de la hija de los Sciffi.

Un estremecimiento corrió por el cuerpo de todos los asistentes. Clara, con los ojos en el suelo y el corazón puesto en el Divino Esposo, ofreció con gusto aquel sacrificio. A continuación, Francisco vistió a la joven religiosa con una túnica de burdo sayal, ciñó su cintura con una soga de esparto y sobre su cabeza colocó una toca sencilla.

Clara, la más hermosa joven de Asís, tan solicitada por su hermosura y su elevada estirpe, estaba definitivamente admitida a formar parte de la gran familia franciscana.

\* \* \*

Al amanecer el día se conoció en el castillo la noticia de la fuga de Clara, pero ya era tarde para hacerla volver. Clara pertenecía a Dios, lo decían claramente sus cabellos tonsurados y su burdo sayal, y ningún poder humano sería capaz de hacerla retroceder en el camino emprendido. Sobre

las gradas de Santa María de los Angeles estaban aún los cabellos cortados, símbolo de su consagración a Dios, y las alhajas y los vestidos los tenían sus doncellas. Todo había terminado para Clara en el mundo. Ahora se explicaba el por qué de la distinción que con ella había tenido el Obispo el día anterior. La voluntad de Dios era manifiesta.

### III

#### EL MILAGRO DEL CRISTO BIZANTINO

¿CÓMO se realizó el milagro?

La leyenda lo cuenta así: Dentro de los muros almenados del castillo de Sasso-Rosso florecían las más esclarecidas virtudes. Nada de cuanto suele ansiar el mundo para labrar la felicidad faltaba en aquella suntuosa mansión. Riquezas, honores, distinciones, diversiones...

Pero, a pesar de todo, Hortulana no dejaba de llorar.

—¿Qué te sucede?—la preguntó un día su esposo.

Hortulana, por toda respuesta, dejó escapar de su pecho atribulado un profundo suspiro.

—¿Te falta algo para ser feliz?

De nuevo, la esposa calló.

—Ya sé lo que echas de menos para que nuestra dicha sea completa—dijo tristemente Favorino—: ¡Un hijo! ¿Pero quién podrá ir en contra de la voluntad de Dios? La fuente de la vida sólo mana cuando Dios pone en ella su poder. Esposa mía, procura olvidar esa desgracia que mutuamente nos aflige y piensa en suplir con otras alegrías las que no te proporciona la maternidad.

El diálogo terminó tristemente. Ambos esposos se miraron una vez más con pena y se separaron. Por los corredores del castillo Favorino desapareció llevando en el alma el torcedor de la desgracia de su esposa.

Los días, los meses y los años fueron pasando. Brotaron las flores de muchas primaveras y cayeron las hojas de muchos otoños; las nieves de muchos inviernos blanquearon los campos y el calor de muchos estíos sazonó los frutos y doró las espigas, pero en el castillo de los Sciffi no apareció la ansiada fecundidad.



Francisco, vistió a la jóven religiosa con una túnica  
de burdo sayal. . .

(Pág. 13.





—¿No querrá el Señor remediar mi dolor?—dijo un día Hortulana a su marido.

—¡Quién sabe, mujer! ¿No fué El el que oyó los ruegos de Ana, la madre de Samuel y de Isabel, la madre del Bautista?

Un día de otoño, ya oscurecido, las viejas estancias del castillo se iluminaron con el tenue resplandor de las lámparas de aceite. Hortulana se dirigió sola a la capilla, donde se veneraba una imagen de Jesús Crucificado. La sangre que brotaba de cien heridas daba a la imagen un aspecto de máximo dolor. Hortulana, postrada de rodillas, comenzó a rezar más con el corazón que con los labios. Nunca le había parecido la imagen de Cristo tan acongojada como en esta ocasión. ¡Que no hay cristal mejor para ver el dolor de los demás que el de las propias lágrimas!...

—Señor—dijo Hortulana—, ya sabéis cuánto deseo tener un hijo... La esterilidad me entristece. Si concedéis fruto a mis entrañas lo consagraré a vuestro servicio...

Un silencio prolongado, sólo interrumpido por el continuo suspirar de la virtuosa

matrona, siguió a tan sencilla oración... Pasaron algunos momentos y Hortulana creyó oír la voz dulcísima de Cristo que, desde la imagen, la decía estas palabras: "No llores más; tus súplicas han sido atendidas. Tendrás una hija cuya luz clarísima iluminará al mundo."

Terminada la oración, Hortulana sintió renacer en su interior la calma. ¡Los labios del Cristo bizantino no se habían abierto en balde!

\* \* \*

Pasaron algunos meses, Hortulana sintió en su ser florecer una nueva vida. Era el día 16 de julio de 1194. En el castillo de Sasso-Rosso se celebró la grata noticia. La niña que vino al mundo era tan hermosa, que la madre, recordando las palabras del Santo Cristo, quiso que se llamase Clara; porque claridad sobrenatural había de ser para la Iglesia de Dios la recién nacida.

En la catedral de Asís, y en la misma pila en que años antes había sido bautizado el

hijo de Pedro Bernardone, lo fué también la hija de los Sciffi. Fué un día de auténtica emoción. La hija del milagro no tardaría en ser luz clarísima que iluminaría aquel siglo de oscuridad.





Y en esta casa se ha encerrado para siempre Clara, la fundadora de las Damas Pobres...

(Pág 21)



## IV

### EL CONVENTO DE SAN DAMIAN

EN las afueras de Asís está la humilde iglesia de San Damián, restaurada por el pobre Francisco. Junto a la iglesia una casa, pobre también. Y en esta casa se ha encerrado para siempre Clara, la fundadora de las Damas Pobres. Ni rentas, ni propiedades, ni nada de lo que el mundo retiene para sí con prudencia mundana, tienen estas Esposas de Jesús; su pobreza es altísima, pero el Señor, que alimenta a las avecillas del cielo y las viste de vistosas plumas, no abandona a éstas sus siervas. Francisco las alimenta espiritualmente; materialmente, Dios se encarga de que no les falte lo necesario.

¿Quién podrá decir lo que pasó en el

alma de Clara durante los años que permaneció en el tranquilo retiro de San Damián? ¡Sólo Dios lo sabe! ¡Cuántos sagrarios pobres y cuántas iglesias necesitadas supieron de la delicadeza de las manos de Clara y de sus fieles compañeras!...

Pero si el alma gozaba en aquella soledad, el cuerpo sufría enormemente. ¡La enfermedad siempre ha sido la compañera inseparable de las almas privilegiadas! Durante doce años estuvo la virgen Clara clavada en el lecho del dolor como una mártir, y durante todo este tiempo, ni un solo momento perdió la delicadeza de su espíritu y la alegría seráfica de su corazón.



# V

## NOCHE DE NAVIDAD

**M**ADRE, hoy es Navidad. ¡Qué lástima que no podáis asistir con la Comunidad a los Maitines y a la misa de media noche!

—Ofreceré este sacrificio al Señor, que así quiere probarme.

Y al decir esto, la virgen Clara extendió sus manos finas y blancas sobre la pobre estera con que cubría su cuerpo martirizado. Era un cuadro admirable el que ofrecía aquella esposa del Señor, torturada por la enfermedad, tendida día y noche sobre duras tablas, cubierta apenas por el santo hábito y una manta de estera. Las religiosas que la veían con frecuencia no podían contener las lágrimas, y cuando salían de la es-

trecha celdilla de Clara, iban repitiendo en su corazón: ¡La madre Clara es una verdadera santa! Por eso este día de la Navidad quisieron darla el alivio y el gozo de que asistiese con todas a la misa de medianoche. ¡Pero estaba tan débil!

—¿Queréis que os llevemos al coro y desde allí seguiréis de cerca las divinas alabanzas?

Clara miró a la religiosa que la hizo esta proposición, con ojos encendidos por la emoción, pero si el espíritu estaba pronto, no así el cuerpo, que estaba marchito y deshecho.

—Me es del todo imposible, hermana—contestó Clara, mientras por sus ojos se deslizaban dos gruesas lágrimas—. Me resigno a permanecer hoy también en este lecho de dolor. Desde aquí ofreceré al Señor el sacrificio que me pide.

La campana conventual repica alegremente. Es la noche más feliz del año, la noche en que nació Cristo en un pobre portal, donde fué adorado por humildes pastores. Comienza el rezo de los Maitines. *Cristo ha nacido, venid y adoradle.* Sigue la celebra-



Y allí he recibido la Sagrada Comunión . . .

(Pág 26)



ción de la Santa Misa, en la que todas las religiosas reciben al Niño Jesús Sacramentado. ¡Sólo la madre Clara está en su lecho de dolor! ¡Sólo ella falta a este acto tan enternecedor! ¡Cuánto la cuesta este sacrificio! Pero el Señor se lo pide y lo ofrece generosamente.

Terminada la misa, el perfume del incienso y el eco de los últimos villancicos sigue flotando en el aire conventual. Todas las religiosas se dirigen a la celda de la madre Clara, que las recibe con la sonrisa en los labios.

—¡Qué pena, madre, que no hayáis podido asistir esta noche a los Maitines y a la misa conventual!...

Clara siguió sonriendo, y tomando fuerzas para hablar, dijo a sus monjas:

—Hermanas e hijas mías. Doy gracias y alabanzas a mi bendito Señor Jesucristo, que con mucho consuelo de mi alma he asistido a toda la función de esta santísima noche, y esto por intercesión de mi santo padre fray Francisco y por gracia de Dios. Pues he estado en la iglesia del santo padre Francisco y con los oídos de mi cuerpo y

de mi alma he escuchado el canto y el sonido del órgano y allí he recibido la Sagrada Comunión. Alegraos, pues, de tan gran favor y dad gracias a nuestro Señor Jesucristo. (*Florecillas*, capítulo XXXIV.)

# VI

## CONVITE FRANCISCANO

LA amistad de Clara y Francisco era estrechísima, pero el siervo de Dios quiso poco a poco dejar que las vírgenes de San Damián se acostumbrasen a la soledad de su convento, por lo que comenzó a distanciar sus visitas y sus pláticas espirituales. Clara nada decía, pero no por eso dejaba de suspirar por los amables consejos y las santas conversaciones de su compatriota.

—Padre—le dijo un día a Francisco uno de sus compañeros—. Sabemos que la hermana Clara tiene deseos de veros con más frecuencia, y sobre todo de que comáis en su compañía.

—¿Os parece que la debo complacer?

—Sí, padre; justo es que la des este con suelo.

—Si a vosotros os parece así, lo haré.

Por el sendero que lleva al pobre convento de San Damián van Fray Maseo y Fray León. Llevan el mensaje de Francisco para la virgen Clara de que acepta la invitación que indirectamente le ha hecho de comer un día en su compañía y la de sus monjas. Y para que la fiesta sea un recuerdo vivo del día de su desposorio místico con el Rey del Cielo, quiere que esa comida tenga lugar en Santa María de los Angeles.

El día convenido salió del monasterio Clara con otra religiosa y, en unión de los compañeros enviados por Francisco, se dirigió a Santa María de los Angeles. Cuando llegó ya estaba preparada la mesa que había de presidir aquel singular convite. En el suelo estaban algunos mendrugos de pan, unas frutas secas y un jarro de agua. Todos se arrodillaron y dió principio la comida.

Antes de probar bocado Francisco comenzó a hablar de Dios con tanta delicadeza y sublimidad, que al punto quedaron Clara y los demás comensales arrebatados





Francisco, comenzó a hablar de Dios con tanta delicadeza y sublimidad...

(Pág 28)



en espíritu, y tan grande fué el divino ardor, que las gentes de Asís y de Betona creyeron que un gran incendio consumía la iglesia, el convento y el bosque que los rodeaba, por lo que rápidamente corrieron a apagarlo. Cuando llegaron más cerca vieron que las llamas no eran, como ellos las habían creído, sino que encontraron elevados en sublime oración a aquellos felices compañeros, los cuales, abrasados en el fuego divino, no se daban cuenta de aquel prodigio que Dios había hecho.

The following is a list of the names of the persons who have been admitted to the office of the Secretary of the Board of Education, since the last meeting of the Board, held on the 10th day of January, 1903.

Name	Address
John A. Smith	123 Main Street
James B. Jones	456 Elm Street
William C. Brown	789 Oak Street
Robert D. White	1011 Pine Street
Thomas E. Green	1313 Maple Street
Charles F. Black	1615 Cedar Street
Edward G. Gray	1917 Birch Street
George H. Hill	2219 Spruce Street
Frederick I. Scott	2521 Willow Street
Henry J. Adams	2823 Poplar Street

## VII

### FLORECEN LOS ROSALES

**A**L poco tiempo de esto sucedió que Francisco y Clara iban hablando de Dios en un crudo día de invierno. El frío exterior no lo sentían aquellos dos cuerpos porque internamente sus almas iban abrasadas en el fuego del amor divino.

—Hija mía—dijo Francisco después de haber pasado largo rato en santa conversación—. Es menester que nos separemos; tú a tu convento de San Damián, y yo al de Santa María de los Angeles.

—Padre mío—gimió Clara—, ¿por qué no has de seguir en tan hermosa y fructuosa conversación? Mi alma siente en ella tantos deseos de ser buena...

—Es necesario que nos separemos—se limitó a decir Francisco; y levantó la mano para bendecir a su hija espiritual.

Clara se puso de rodillas y recibió emocionada la bendición. Pero antes de levantarse del suelo se atrevió a decir a Francisco:

—Padre, ¿cuándo nos volveremos a reunir para oírte otra vez hablar de Dios?

—Cuando los rosales tengan flor—respondió sencillamente Francisco.

Se despidieron y cada uno siguió su camino. Pero Clara, poniéndose en oración, pidió al Señor que el corazón de Francisco se cambiase a fin de que antes que llegase la primavera volviese a regalarla con el tesoro de su santa palabra. Unos pasos llevaba andando Clara, cuando a la vera del camino vió un rosal cubierto de rosas. Lanzó un suspiro y volviendo sobre sus pasos, comenzó a dar voces diciendo:

—Padre, padre...

Francisco volvió al encuentro de Clara y vió cómo ésta le señalaba emocionada el ro-

sal cubierto de flores, como si fuera en primavera... El siervo de Dios comprendió que Clara había conseguido del cielo un milagro, y la plática espiritual siguió hasta el atardecer, con gran consuelo para los dos.

...the school to once again ...  
...the school ...  
...the school ...



## VIII

### EL CANTICO DEL HERMANO SOL

EN el pobre convento de San Damián corrió la noticia de la próxima llegada de Francisco, adornado ya con las sagradas llagas. Todas las religiosas se prepararon para recibir a tan santo padre.

¿Pero dónde pasará la noche el ilustre enfermo? ¡El convento es tan reducido y Francisco es tan recatado en todas sus cosas!...

Clara pensó hacer en el pequeño jardín una rústica cabaña. Y como lo pensó, lo hizo.

Al atardecer de aquel mismo día llegó Francisco. Venía consumido por el dolor de los sagrados estigmas y por el fuego del

amor divino. Sus ojos, casi apagados de tanto llorar, apenas podían resistir la luz de aquel día espléndido de primavera. Después de una larga plática a las monjas, Francisco se retiró a descansar a la rústica cabaña que con tanto cariño le habían preparado las religiosas. Pero la noche fué una terrible prueba. Una infinidad de ratones invadió súbitamente la cabaña y el siervo de Dios no pudo ni rezar, ni dormir. A esto se añadió una prueba íntima del alma: temió por su salvación. Oró, suplicó, pidió..., y al poco tiempo la paz renació en su espíritu. Cuando amaneció el día, llamó a Clara y a sus compañeros Fray Rufino y Fray León y les participó la gracia que acababa de recibir. Todo su rostro brillaba, los labios le temblaban de emoción, e, impresionado por la luz del sol que iluminaba el ambiente y por el perfume de las flores que embalsamaban el jardín, y por el sonido suave y cantarín del agua que corría por una de las acequias, entonó el himno del hermano Sol. Clara y los frailes cayeron de rodillas mientras Francisco siguió cantando su hermoso himno de las Criaturas:

*Lado seas, mi Señor, por todas tus criaturas  
especialmente por el hermano sol,  
el cual hace el día y nos da la luz  
y es bello y radiante con gran esplendor;  
de Ti, Altísimo, lleva significación.*

*Lado seas, mi Señor, por la hermana luna  
[y estrellas;  
en el cielo las has formado claras y preciosas  
[y bellas.*

*Lado seas, mi Señor, por el hermano viento,  
y por el aire, y nublado, y sereno, y todo  
[tiempo,  
por el cual a tus criaturas das sustentamiento.*

*Lado seas, mi Señor, por la hermana agua,  
la cual es muy útil, y humilde, y casta.*

*Lado seas, mi Señor, por el hermano fuego,  
con el cual alumbras la noche  
y es bello y alegre, y robusto, y fuerte...*

Faint, mirrored text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is illegible due to low contrast and orientation. Some discernible words include "que", "de", "y", "en", "la", "con", "a", "por", "para", "de", "y", "en", "la", "con", "a", "por", "para", "de", "y", "en", "la", "con", "a", "por", "para".

## IX

### EL AMOR DE LOS AMORES

**M**ADRE, madre—entraron gritando las religiosas en la celda de la madre Clara.

—¿Qué sucede?

—Ruidos de armas y caminar de soldados... Parecen sarracenos. ¡Se dirigen hacia aquí!

—No temáis, hijas. Dios está con nosotras. Traed la Santa Custodia en donde está expuesto el Señor de los Ejércitos.

Clara recibió la Sagrada Custodia y pidió ser llevada hasta las tapias de la huerta, por donde los soldados comenzaban a subir. Ante el grito de Clara, "Señor, no permitas que estas tus esposas caigan en manos de las bestias", los soldados huyeron despavo-

ridos, mientras en el aire se oyó claramente una voz que decía: "Yo os guardaré siempre".

Por la campiña de Asís siguieron trotando los caballos y resonando los clarines. Los soldados huían porque habían visto brillar sobre las paredes del convento de San Damián una luz ofuscadora.



Madre, madre, entraron gritando las religiosas . . .

Pág. 39)





# X

## BATIR DE ALAS EN EL JARDIN

EL 11 de agosto de 1253, en el humilde convento de San Damián se sintieron rumores de rezos y llantos entrecortados. La madre Clara estaba a punto de morir.

—Llévame al cielo contigo, hermana mía—decía Inés Sciffi.

—Hoy no puede ser—contestó débilmente la enferma—; pero me seguirás pronto.

El rostro de Clara se iluminó de improviso. Los labios se movían suavemente en dulce y quieta oración y los ojos miraban, como extasiados, a un punto determinado.

—¿Qué es lo que ves, hermana mía?—preguntó Inés.

—Veo a mi Divino Esposo que viene por mí...

Siguió un silencio de palabras y un ruido de suspiros y rezos. La madre Clara volvió a hablar:

—Veo que viene con El una hermosa procesión de vírgenes vestidas de blanco, y al frente de ellas la Santísima Virgen, más hermosa que ninguna... Fray León, Fray Angel, leedme la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan...

Mientras los religiosos leían el texto sagrado y las religiosas lloraban y rezaban, la madre Clara sonreía y hablaba de este modo a su alma:

—Alma mía, anímate, que tienes un gran viático para emprender el camino. No temas, estate tranquila, que el que te ha amado con amor tan tierno te quiere acompañar hasta la gloria...

La madre Clara calló... Fray León y Fray Angel interrumpieron la lectura, y en el humilde jardín del convento se sintió un



Veo a mi Divino Esposo que viene por mí. . .

(Pág. 42)



batir de alas, como de paloma que volase al cielo...

¡Era el alma de la madre Clara, que subía a gozar para siempre de las caricias de su Divino Esposo!

F I N.



Breve Novena  
en honor  
de Santa Clara de Asis

Por la señal. . .

Señor mío Jesucristo. . .

Oración preparatoria para todos los días

¡Oh gloriosa Santa Clara, espejo de pureza, a quien el Señor concedió la gracia de amar la santa pobreza y el sacrificio, dejándonos de ello admirables ejemplos! Dignaos hacernos conocer el valor sobrenatural de estas virtudes evangélicas, para que, practicándolas fielmente, según nuestro estado en esta vida, podamos gozar del fruto de ellas en el cielo. Amén.

## DIA PRIMERO

### Nacimiento de Santa Clara

En la ciudad de Asís nació Santa Clara, de padres nobles. Recibió el santo Bautismo en la misma pila en la que doce años antes le recibiera Francisco de Asís. Desde la más tierna edad Clara se distinguió por su índole bondadosa... Hija del milagro, su nacimiento causó una gran alegría. Piadosa desde su niñez, la primera vez que la historia nos habla de ella es con motivo de asistir la encantadora joven-cita a la ceremonia de la bendición de las palmas, el día de Ramos, en la que el Obispo de Asís la entregó una palma mientras la joven estaba en profunda meditación.

Si es verdad que el buen natural es camino llano para servir a Dios, también lo es el trato continuo con personas buenas y lugares de devoción. A imitación de Santa Clara, hagamos nosotros lo mismo.

Meditese y pidase la gracia. . .

Oración final para todos los días

Os rogamos, Señor, que concedáis a vuestros siervos, que celebran las glorias de la virgen Santa Clara, la participación de los goces celestiales y los hagáis coherederos de vuestro Unigénito Hijo, que con Vos vive y reina en unión del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.



## DIA SEGUNDO

### Vocación religiosa

Al romper del alba de un día de primavera del año 1212, Clara decidió abandonar el mundo para consagrarse a Dios. Riquezas, honores, hermosura..., todo lo dejó para seguir a Cristo... Los cabellos dorados de la virgen Clara cayeron sobre la escalinata del presbiterio de Santa María de los Angeles como una oblación, y desde aquel momento Clara tuvo la firme creencia de haber encontrado la felicidad. Se encerró, como perla preciosa, en la humilde casita de San Damián, y en ella pasó toda su vida, oculta a los ojos del mundo para ser más clara a los ojos de Dios...

Si Dios nos llama a la vida religiosa, no reparemos en dejar todo lo que pueda impedirnos realizar tan santo propósito, aunque ello signifique mucho en nuestra vida.

## DIA TERCERO

### Vida de austeridad

La delicada hija de los Sciffi ha convertido su vida en un continuo martirio. El hábito con que se viste es de burda estameña, los ayunos que practica son rigurosos y continuos, las vigiliass con que mortifica su cuerpo son sin interrupción; por cama tiene una tabla o el duro suelo; los cilicios con que tortura su cuerpo virginal son tan horribles, que sólo el ver-

los atemoriza. Pero Clara dentro de su frágil cuerpo lleva escondida un alma gigante. Tan grandes son las penitencias a que somete esta joven admirable su tierno cuerpo, que Francisco, su padre espiritual, se ve precisado a prohibirla semejantes excesos...

El ejemplo de Santa Clara es un solemne mentís a las comodidades y a regalos de los tiempos modernos, y con todo, Cristo dijo en su Evangelio: "Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis".

## DIA CUARTO

### Paciencia en la enfermedad

La enfermedad es uno de los regalos que Dios suele mandar a las almas privilegiadas. Clara soportó con heroica paciencia una maligna enfermedad que la tuvo clavada en el lecho del dolor por espacio de veintiocho años. Sus biógrafos cuentan que lo más admirable era ver aquel cuerpo, minado por la enfermedad, rebosante de alegría. Como Francisco, su padre espiritual, Clara so'ía repetir en medio de sus dolores: "Tan grande es el bien que espero, que en las penas me deleito". Cierta día, en que su confesor la exhortó a tener paciencia en los sufrimientos, Clara contestó tranquilamente: "Desde que conocí la gracia de nuestro Señor Jesucristo por intermedio de su siervo Francisco, ningún trabajo me es pesado, ninguna penitencia costosa, y ningún dolor difícil de soportar".

Si el Señor nos prueba con la enfermedad, besemos amorosamente su mano y abracemos la cruz, pues de este modo no sólo seremos agradables al Señor, sino también nuestra enfermedad será una fuente de paz para el cuerpo y para el espíritu.

## DIA QUINTO

### Amor a la Eucaristía

Durante los largos años de su enfermedad el gran consuelo que tiene la virgen Clara es la divina Eucaristía, que se guarda en el oratorio particular donde ella oye misa. Pero hay un episodio en la vida de la Santa que indica la gran importancia que la Eucaristía tiene para su alma.

Los soldados del emperador Federico II, ávidos de rapiña, se acercan a las paredes del humilde convento de San Damián. Atemorizadas las religiosas, acuden a su santa Madre, la cual, para ahuyentar el peligro, no hace otra cosa que pedir la traigan la Custodia donde está el Amor de los Amores. Ante la súplica de Clara, los soldados huyen despavoridos. El arte ha elegido este hecho para representar la imagen de Santa Clara.

El amor a la Eucaristía es señal de predestinación; recibámosla con frecuencia y no dejemos pasar un solo día sin hacer nuestra visita a Jesús Sacramentado.

## Espíritu de oración

Orar no es otra cosa que hablar con Dios. Clara, la gran enamorada del Señor, lo fué también de la santa oración.

Cuenta la historia que en todos los actos de comunidad siempre era Clara la primera en llegar a la capilla, y cuando las demás religiosas se retiraban a descansar por la noche, ella permanecía sola junto al sagrario en profunda meditación, la cabeza inclinada, o postrada ante el altar "como si besase los pies de su amado Jesús". "El Señor—continúa el biógrafo de la Santa—purificaba el alma de su fiel esposa en el crisol de la oración, y la daba a gustar la dulzura de su divina presencia."

Retirémonos de cuando en cuando al monte de la santa oración para mejor conocer a Jesús, pues es muy cierto que conociéndole le amaremos.

## DIA SEPTIMO

### Amor a la pobreza

Clara, fiel discípula del Pobrecillo de Asís, tuvo para la santa pobreza un lugar preferido en su corazón. Antes de entregarse al servicio de Dios renunció a toda su cuantiosa fortuna y la entregó íntegra a los pobres. ¿Quién podrá decir las privaciones que sufrió durante los años de retiro en el pobrísimo convento de San

Damián, sobre cuya puerta mandó grabar esta hermosa sentencia: "Aquí es la casa de la pobreza"?

La pobreza evangélica fué su obsesión, y en las pláticas espirituales que dirigía frecuentemente a sus religiosas solía decirles: "Una comunidad de hermanas sólo agrada a Nuestro Señor si en ella reina la pobreza absoluta, y sólo puede perseverar si está defendida por el muro de esta altísima virtud".

No tengamos apego excesivo a las riquezas de la tierra y busquemos las del cielo, pues la sentencia del Señor no puede fallar: "Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos".

## DIA OCTAVO

### Devoción a la Santísima Virgen

Como fiel discípula de Francisco, Clara no podía menos de profesar una tierna devoción a la Santísima Virgen. Junto al altar de Santa María de los Angeles renunció al mundo para entregarse a Dios, y, ya abadesa de San Damián, cedió a la Santísima Virgen el oratorio particular donde oía misa, por no poder oírlo en la capilla del convento a causa de su enfermedad. La imagen de María parece llenar toda su vida, y cuando esa vida está a punto de extinguirse, cuando sus hijas espirituales lloran la próxima partida de su santa Madre, ella exclama en medio del éxtasis en que está sumida: "Veo que viene una procesión de vírgenes vestidas de blanco, y al frente de ellas

la Santísima Virgen, más hermosa que ninguna”...

A imitación de Santa Clara, seamos verdaderos devotos de la Santísima Virgen y estemos seguros que la tendremos propicia en vida y en la hora de la muerte.

## DIA NOVENO

### Muerte de Santa Clara

La muerte es el eco de la vida, y por eso la de Santa Clara fué envidiable. Mientras sus religiosas lloraban por la inminente partida de su santa Madre, ella musitaba estas confidenciales palabras: “Ve segura, porque llevas buen guía para el camino. Parte sin recelo, porque el Señor que te crió y te santificó, te ama con un amor más tierno que el que la madre más tierna profesa a sus hijos. ¡Bendito seáis, Señor, por haberme criado!...”

—¿Con quién habláis?—preguntó una de las religiosas.

—Hablo con mi bendita alma—contestó Clara.

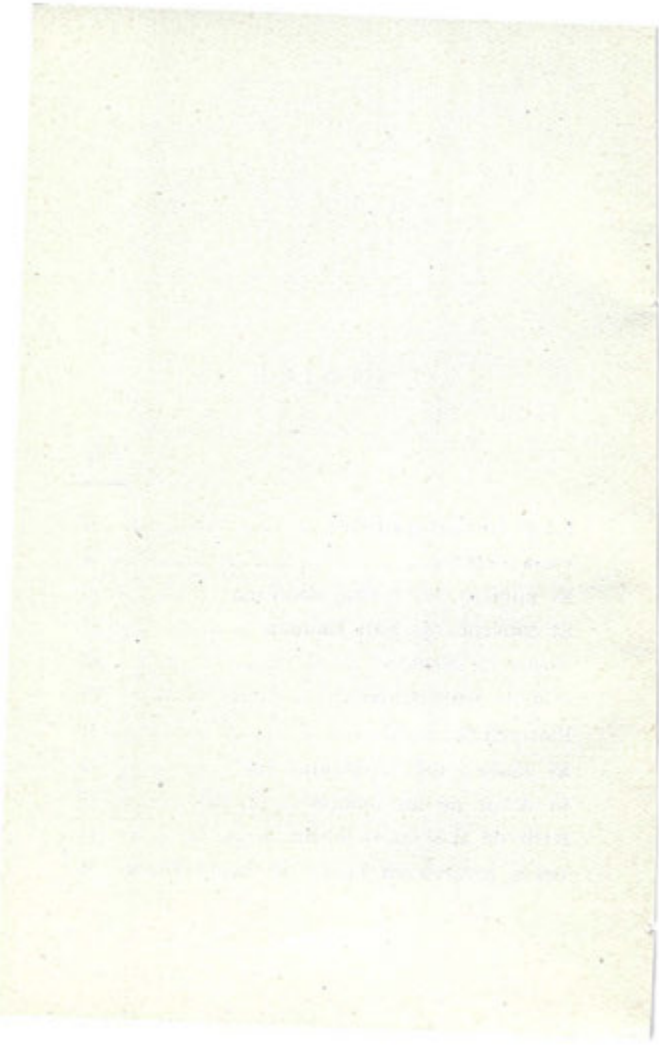
Fueron sus últimas palabras... En el jardín del convento las religiosas y los religiosos que la asistían espiritualmente creyeron oír un batir de alas... ¡Era el alma de la virgen Clara que había volado al cielo!

Si queremos que nuestra muerte sea agradable a los ojos de Dios, procuremos que nuestra vida sea parecida a la de la virgen Clara, porque según la Sagrada Escritura, “Es preciosa ante el acatamiento del Señor la muerte de sus santos”.

J. J. M. F.

## INDICE

	<i>Págs.</i>
En el castillo medieval ... .. .	7
Fuga misteriosa ... .. .	9
El milagro del Cristo bizantino ... .. .	15
El convento de San Damián ... .. .	21
Noche de Navidad ... .. .	23
Convite franciscano ... .. .	27
Florecen los rosales ... .. .	31
El cántico del "Hermano Sol" ... .. .	35
El Amor de los amores ... .. .	39
Batir de alas en el jardín ... .. .	41
Breve Novena en honor de Santa Clara.	45





JHS

TERMINOSE LA IMPRESION  
DE ESTE FOLLETO EL DIA XIII  
DE JUNIO, FIESTA DE SAN  
ANTONIO DE PADUA, EN EL  
AÑO DEL SEÑOR DE MCMLIII

LAUS DEO

11

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637

